f-ab 1946

ROBERTO CASTROVIDO EN VALENCIA

A.P.C.E.
SIG.: 1.2i/1529

Mediterrani

por CARLOS ESPLA

Conocí a don Roberto Castrovido una tarde del verano de 1916. Estaba, con su familia, en la playa de las Arenas de Valencia, sentado frente al mar. A su lado permanecían también sentados doña Pilar y Robertito. Pilarín, que era muy niña, paseaba con sus amiguitas. Don Roberto se deleitaba de Mediterrneo, y de puro goce familiar. Cuando pasaba su hija la saludaba graciosamente: "¡Buenas tardes, señorita Piluli!"

¿Cómo miraba don Roberto al mar y cómo contemplaba a su familia? Con ojos claros y enternecidos de dicha. El mar y su esposa y sus hijos eran su Valencia: el cambiar eterno de las olas blandas, que venían a morir a sus pies, le daba idea de esa eternidad, de esa vida sin fin, que él veía también perpetuarse en los hijos que estaban junto a él. El mar era siempre un espectáculo mágico para aquel hombre de tierra adentro. Y junto al mar, los hijos bronceados de sol, parecíanle también otra maravilla de vida y esperanza. Veía acaso don Roberto continuada la prodigiosa visión del mar eterno en los hijos de su carne, en su carne de Valencia, como hijos de madre valenciana.

Creo que es el recuerdo de aquella lejana tarde de la playa valenciana lo que nos une en México a los valencianos ausentes de nuestro mar —pero que oímos sin cesar los rumores armoniosos de sus caracolas— para hablar amorosamente de nuestro don Roberto, que no disputamos a Madrid, porque su corazón no encerraba pugna de quereres y se partía generosamente en el cariño a su tierra y a nuestro mar. Tan auténtico y verdadero era el don Roberto nuestro de la playa, gozoso de sol, de aire, de sales marinas y de infinito, como el don Roberto de su vida cotidiana en el modesto pisito de la típica calle de San Marcos y en la redacción galdosiana de *El País* y en los cafés castizos de Madrid. Don Roberto era valenciano de adopción, y quiero decir con esto que fué él quien nos adoptó, y no al revés; así fuimos castrovidistas adoptivos, estrechados a él por este cariño que le profesábamos y que calienta ahora nuestros recuerdos.

Ciertamente que el recibimiento que le había hecho la Valencia oficial la primera vez que don Roberto estuvo allí, no fué muy cordial. Lo condujo un oficial de la guarda civil y le dieron alojamiento miserable en la vieja cárcel de San Gregorio. Castrovido iba a responder ante sus jueces de un artículo publicado en *El Pueblo* de Blasco Ibañez, y por el cual se le había procesado.

El Pueblo de Blasco Ibáñez era entonces aquella hoja vibrante de vida, de rebeldía, de ansias de justicia y libertad que cada mañana plantaba como un reto el joven escritor revolucionario en el mástil de la ciudad, a la hora en que los murciélagos —ratas en pena— de la Valencia medioeval daban su último paseo nocturno, entonando el rosario de la aurora. Y el pueblo de Blasco Ibañez —sin juego de palabras, pues aquél dió vida a éste— era también aquel trozo de humanidad formada por menestrales y estudiantes, por marineros y labradores,

Sol, sonrisa y arena de Levante
en la gracia que muestra el esperpento:
hoguera para símbolo en el viento;
limpio pañuelo en la emoción distante.

Las "fallas" —presentidas por el Dante—,
no tienen de final mayor tormento
que el optimismo en cumbres de contento,
y la alegría en brazos del instante.

Desde el Este español, arco de fiesta,
—caracolas de mar, luz de floresta—,
tiende Valencia en rito de costumbre.

A todos con amor brinda el regazo,
y la "falla" triunfal, es un abrazo
con rúbrica de gozo entre la lumbre.

por tenderos y artistas, que el orador republicano había puesto en pie y conducía a la lucha por la libertad. Este pueblo de Blasco Ibañez vió pronto en Castrovido a uno de los suyos, y lo acompañó y veló en su prisión hasta que el periodista madrileño ocupó su puesto en la mesa de redacción de aquel otro *Pueblo* de Blasco Ibañez, hoja de combate a la que dió Castrovido durante muchos años las mejores páginas de su evangelio republicano.

Don Roberto vivió algún tiempo en la casa de Blasco Ibañez, junto a la misma redacción del periódico, y, cuando años más tarde, venía todos los veranos a Valencia, le gustaba visitar su antigua vivienda, que entonces era la de Félix Azzati. Recuerdo estas visitas, que eran una especie de peregrinación sentimental de don Roberto. Advertido de ella, lo esperaba yo, con algún otro compañero —acaso Julio Just— en la redacción. Llegaba don Roberto, acompañado de su inseparable Robertito, y oíamos sus voces en la escalera, saludando al linotipista que hacía un turno extraordinario, al administrador, al conserje, saludando, en fin, a todas las personas y a todas las cosas que encontraba a su paso. Para mí eran una verdadera fiesta aquellas visitas. Doña Esperanza, la esposa de Azzati, acompañaba a Costrovido a recorrer su vieja casa: —"Aquí estaba mi habitación. Ya han derribado ustedes el tabique", —decía don Roberto. —"No, señor. Está como estaba —explicaba doña Esperanza—. Su habitación era la de al lado". —"Esta escalera es nueva. La habrá hecho Félix para bajar a la imprenta" —insistía el visitante. —"No. Esta escalera la he conocido yo siempre lo mismo" —decía doña Esperanza. Y don Roberto, ante tales seguridades, acababa convencido de que todo estaba igual, aunque yo, irrespetuoso, procuraba evocarle planos fantásticos de la casa, para aumentar su confusión, con gran alborozo de Robertito. Don Roberto me perdonaba con grandes exclamaciones aquella travesura, y reconocía que se equivocaba en estos pequeños detalles materiales. Para aumentar nuestra diversión nos contaba él mismo otras confusiones más chuscas que había tenido. Y es que don Roberto no ataba estrictamente su recuerdo a pequeños accidentes o detalles materiales, a simples rasgos fisonómicos, que podían quedar algo embarullados en la distracción de su activo ejercicio mental de escritor despierto a todas las inquietudes y luchas de su tiempo, en su abstracción —entre el estruendo de la vida diaria— de hombre de estudio y de pensamiento ágil y vivo. Los recuerdos y las evocaciones de don Roberto vivían como su propia creación literaria y política en la zona ideal en que los relieves minúsculos de la materia podrían hacerse borrosos, pero en la que se destacaban con vigor los trazos firmes de las ideas y de los sentimientos, del espíritu crítico y de la perspectiva histórica, del saber y de la bondad.

A Castrovido le hacían gracia las cosas de Valencia y de los valencianos. Las miraba con candoroso y limpio amor. Celebraba nuestra furibunda y exuberante pasión en las querellas, a las que a veces damos, en nuestra exaltación mediterránea, tremendas proporciones de gigantescas batallas, cuando en realidad no son más que fuego pasajero de "traca" y estampido en el aire de "canterella". En el fondo, todos los meridionales tenemos algo de terribles cazadores de gorras, y si nos rascan suele aparecer nuestro recóndito e íntimo Tartarín, héroe de nuestra devoción.

Don Roberto, durante su primera y larga estancia en Valencia, no solamente se maravilló del ardor de las luchas políticas, casi fratricidas — digo casi, y no conviene pasar de ahí, para ser exactos — sino de otras luchas que le parecían más extraordinarias. Por ejemplo, la que en sus tiempos de redactor de *El Pueblo* dividió a Valencia en dos bandos igualmente apasionados a cuenta del nombramiento de un bom-

A.P.C.E. SIG.:

bardino de la Banda Municipal. Parece que había un bombardino blasquista y otro que no lo era, y ambos se disputaban la plaza vacante, no sólo a fuerza de soplidos en el descomunal, solemne instrumento, sino también a fuerza de trifulcas políticas. Cuando muchos años después, venía don Roberto a Valencia, preguntaba sin burla, acaso con un leve dejo de curiosa ironía: "¿Qué? ¿Se ha resuelto ya lo del bombardino?"

"¡Qué gran pueblo —pensaría don Roberto— el que se apasiona por el nombramiento de un bombardino!" ¡Qué magnífico ejemplo de efervescencia ciudadana! En mi interpretación de Valencia he contado siempre con la parábola castrovidiana del bombardino. Muchas veces parece que los valencianos soplamos en balde en los bombardinos de nuestra quimérica fantasía, pero en realidad soplamos para hinchar los globos maravillosos de nuestros ideales y lanzarlos, por pura ilusión de navegar, a través del azul de nuestro cielo. Y el hecho de que el bombardino de la Banda Municipal fuese o no blasquista tenía su importancia: encierra una profunda lección valenciana de fervor político. Por algo en esa película traída de la triste España de hoy por "La marcha del tiempo" hemos visto, recientemente, presos a los amigos de la Banda Municipal de Valencia tocando en el patio de la cárcel para sus compañeros de prisión. En nuestra Valencia, donde hasta los bombardinos son republicanos, están hoy presos los músicos y los instrumentos, los hombres y hasta el viento que arranca a las cuerdas de nuestros recuerdos notas de "albaes". Al ver a los músicos presos, si tuviéramos que contestar ahora a don Roberto, le diríamos: "No; todavía no está resuelto lo del bombardino".

Don Roberto siguió colaborando desde Madrid durante muchos años en *El Pueblo* de Valencia. Era generoso de su trabajo y no se limitaba a enviar el escaso número de artículos que correspondía a su modesta retribución, sino mucho más. A veces, uno diario. Don Roberto sentía el periodismo, lo vivía, y de ahí la vida que tenía su prosa periodística. Hay en el periodismo español dos clases de escritores: una, la más abundante, da a su producción un tono irreal, aunque trate los temas más llenos de vida y de realidad, aunque reseñe un sencillo acto público. En estos escritores la lucubración vence al hecho. Aquélla se aparta de éste, se desprende de él, se mueve con su propio vuelo hasta perderse en regiones vagas y flotantes. Este es un periodismo fácil, cualquiera que sea su valor, y ha contribuído a crear nubes y confusión en nuestra vida política. La otra clase de escritores —más reducida y selecta— hace un periodismo vital, trabado con los nervios de la realidad, regado con la sangre caliente de los hechos. Es el periodismo que cultivó, por ejemplo, Víctor Hugo en las páginas inmortales de sus "Cosas vistas", título que define bien esa escuela de periodistas que saben ver y contar lo que ven, por oposición a los periodistas que parecen ciegos porque ante sus ojos se tiende la niebla y el humo de la pura divagación. Aquel periodismo con ojos y con vida fué el que cultivó magníficamente Castrovido. Su artículo diario, su nota de polémica, su crónica costumbrista, vivían, tenían estremecientos y sacudidas vitales como seres agarrados a la misma vida; diríamos que tenían aliento humano. La prosa de Castrovido era fuerte, bella y rica, como heredada de Quevedo y de Larra, cuya vena española manaba de su pluma. La obra periodística de Castrovido, bastaría por sí misma para llenar un siglo de oro del periodismo español. Muchos de sus artículos, sin firma, de *El País* son piezas de antología. Recuerdo, por ejemplo, las crónicas parlamentarias que dedicó al debate sobre el proceso de Ferrer, en las Cortes del 11, que son modelo de información crítica y de glosa política; una famosa réplica al "ABC"

de don Torcuato —que don Alvaro de Albornoz recuerda mejor que yo— y que empezaba diciendo: "¿Caballero yo? Villano soy, estudiantón sopista..."; y el artículo necrológico que dedicó a don Carlos, el pretendiente. Había en este último una frase que hubiera bastado en Francia para hacer la gloria de un Rochefort o de un Paul Luis Courier. Castrovido decía de don Carlos: "Hombres como éste, lo sensible no es que mueran; es que nazcan". Así restallaba a veces la pluma de Castrovido cual una fusta, como también, a veces, en sus discursos de tribuno republicano, se desataba su oratoria en voces de noble iracundia. ¿Era acaso don Roberto hombre de pasiones violentas, pronto a la irritación y al vituperio? Al contrario, era hombre dulce y bondadoso. Pero de su misma bondad ultrajada, de su misma ternura escarnecida, arrancaba la frase feroz en su artículo y el apóstrofe vindicatorio en su discurso, para castigar lo malo y perverso, para combatir cuanto se opone al bien y a la libertad del pueblo. Al periódico republicano de Valencia enviaba la crónica nerviosa y ágil de la vida nacional, no sólo política, sino en todos sus aspectos. Escribía también sobre libros, exposiciones de arte, manifestaciones populares, sucesos de toda índole. Solía hacer don Roberto retratos maestros de los personajes, políticos o no, que por un momento eran protagonistas de la actualidad. Poseía el arte misterioso del novelista para plantar la figura y darle ambiente. Luego comentaba el hecho, ocultando siempre su saber, para que nadie lo advirtiera, en el ritmo rápido de su prosa, a veces satírica, otras épica, siempre limpia de palabras, fulgurante de agudeza, rica de ideas, hasta llegar a la frase última del artículo como un final de sinfonía.

Cuando se le acababan las cuartillas, seguía escribiendo don Roberto en los papeles disparatados que tenía a mano. Así recibíamos en *El Pueblo* algunos artículos suyos escritos en sobres cortados y reversos de cartas y hasta una vez en trozos de papel de confitería que, a juzgar por las huellas, había servido para envolver unos merengues familiares. Alguien de la redacción comentó: "Este hombre no tiene secretos. Sabemos lo que le escriben y lo que come".

Sobre aquellos pedazos absurdos de papel escribía don Roberto con su letra inverosímil, indescifrable, que era la tortura de cajistas y linotipistas. Azzati, que también tenía una letra pésima, trasladó cierta vez la queja de los tipógrafos a don Roberto. "Haz el favor de escribir con más claridad —le decía—. En la imprenta se desesperan con tus artículos". Castrovido le contestó: "He recibido tu carta que supongo se refiere a mi última crónica, pero como tienes una letra tan mala, no he comprendido lo que me dices. Haz el favor de escribirme más claro". Consejo que Azzati no pudo seguir, porque tampoco él entendió la letra de aquella carta de Castrovido, y así hubiera podido seguir indefinidamente la misteriosa correspondencia entre los dos originales pendolistas.

En *El Pueblo* me encargué yo, llevado de mi gran cariño por don Roberto, de "traducir" sus artículos, pero por aquellos años cesó de colaborar en *El Diluvio* de Barcelona. "¿Qué ha pasado?", pregunté a don Roberto. "Pues que ha muerto el único cajista que entendía mi letra y el periódico ya no puede publicar mis artículos", me contestó. Castrovido continuó siendo el tormento de los tipógrafos hasta que Robertito tuvo edad para servirle de secretario y copiarle a máquina las cuartillas.

Cuando don Roberto venía los veranos a Valencia —engañándole cariñosamente su familia, para ocultarle en parte el dispendio del veraneo— gustaba recordar y ver a sus viejos amigos valencianos, y entonces aparecían por las Arenas venerables republicanos que no solíamos ver por la calle el resto del año. Algunos eran vie-

A.P.C.

jos correligionarios que, al parecer, sólo se animaban a salir para ver a don Roberto. A menudo me preguntaba éste por alguno de ellos, desconocido para mí. "¿Qué se ha hecho de Ripoll?", me preguntaba, por ejemplo; y ante mi extrañeza al oír aquel nombre, me explicaba Castrovido que Ripoll había acompañado a Blasco a Villarreal cuando los recibieron a tiros, o que Ripoll formaba parte de los "caballeros de la luna", que eran los correligionarios viejos que solían ir a hacer terulia hasta el amanecer en la redacción de *El Pueblo*, o recordaba cualquier otra circunstancia del desconocido Ripoll, para que yo lo indentificase. Yo suponía entonces que Ripoll estaría ya enterrado en el cementerio civil, y, al fin, fingía recordar a Ripoll. "¡Ah! ¡Sí! ¡Ripoll!... Pues se murió". "¡Pobre Ripoll! —exclamaba don Roberto compungido—. Sí; habrá muerto; cuando digo yo, era ya hombre de años!" Pocos días después aparecía Ripoll por la terraza de las Arenas, un poco más viejecito que el año anterior. Don Roberto empezaba a gritar como un chiquilo: "¡Ripoll resucitado! ¡Lázaro Ripoll! ¡La resurrección de Ripoll! ¡El fantasma de Ripoll!" Y luego, dirigiéndose a mí, mientras Ripoll avanzaba lentamente hacia nosotros: "¡Miserable! ¡Asesino de Ripoll! ¡Homicida! ¡Había matado usted a un buen republicano! Ahora, como expiación, tendremos que beber como tudescos. ¡A ver, camarero, tráiganos más cerveza! ¡Ripoll, bebamos como tudescos!" Y el pobre Ripoll quedaba anonadado, sin saber a qué debía aquel extraño recibimiento. ¡Qué gran ternura había en el cariño de don Roberto por los viejos correligionarios! Era para sentir lejana envidia de ellos y pensar con melancolía anticipada: "Cuando los hombres de nuestra edad lleguemos a viejos, ¿habrá algún Castrovido que nos quiera y nos ofrezca el báculo de una amistad y de unos recuerdos entrañables?" Y fué su propio ejemplo el que me hizo querer siempre, hasta su último día, hasta después de su muerte, el bueno de don Roberto, amigo de los viejos. Y también amigo de los jóvenes. Porque amaba igualmente a los jóvenes, los estimulaba, alentaba sus ilusiones. ¿Qué joven periodista republicano de aquella época olvidará la emoción de ver sus artículos provincianos reproducidos, elogiados por Castrovido en *El País?* A los periodistas principiantes, como hacía conmigo en Valencia, descubríales temas para una información asunto, para un reportaje o motivo para un suelto político. El maestro de periodistas —título tan prodigado a otros sin razón— cumplía su magisterio no sólo con las lecciones diarias de sus maravillosos artículos, sino como un verdadero maestro de primeras letras, enseñando a los jóvenes a hacer las primeras planas, los palotes del periodismo. Su magisterio era augusto también por otros motivos. Con ser tan ricas y nobles las enseñanzas de su obra y tan preciosos sus consejos, la mejor lección era la de su vida honrada, la lección moral de su conducta. En la historia del republicanismo español, la figura de Castrovido brilla con limpia aureola de honradez, de santidad, junto a la de Pi y Margall y a la de tantos insignes varones que dieron al republicanismo español su auténtico tono moral.

Don Roberto era sencillo, modesto, cariñoso. Cuando entraba en las Arenas, saludaba con un gran sombrerazo a la mujer que vendía *rosquilletes* a la puerta. "¡Buenas tardes, señora! ¿Cómo va el negocio de las rosquilletas?" Y la buena mujer le enteraba de que aquéllos eran malos tiempos para las *rosquilletes*. Don Roberto se despedía con otro sombrerazo, y luego comentaba mezclando graciosos recuerdos: "Sí, ya se lo dijo un bedel de la Universidad a Salmerón: "Malos tiempos para nosotros los idealistas, don Nicolás". Sí, son malos tiempos para los idealistas y para las *rosquilletes*".

Tenía una alegría sencilla, huma-

La primitiva ciudad de Alicante y los primeros alicantinos conocidos

por J. LAFUENTE VIDAL

Hace ya muchos años que se identificó la ciudad de Alicante con la *Lucentum* romana de derecho latino. Lo probó de un modo teminante el conde de Lumiares, en su folleto "Lucentum", publicado en 1780, lo recogió Madoz en su "Diccionario geográfico", edición de 1845, mencionando como autoridades a M. Núñez y al erudito Mayáns, y lo comprobó de un modo innegable el hallazgo de una lápida con inscripción romana en la que se leía una dedicatoria a los emperadores M. Aurelio y Cómmodo del Municipio lucentino, lápida que publicó, con la traducción de la misma por el P. Fita en 1889, el eminente investigador regional D. Roque Chabás.

Con dicha lápida acabaron de desvanecerse las dudas que había sobre la interpretación de los textos de Mela (Lib. II, cap. VI) y Plinio (Lib. III, cap. III), que escalonadamente colocan en el Seno Ilicitano a Ilice (Elche), Lucentum (Alicante) y Alona. Deshizo, por tanto, el error de algunos eruditos, que equivocadamente confundían Alona con Alicante, quizá por la semejanza del nombre o por suponer que la isla que los geógrafos griegos decían estar ante ella, fuese la Nueva Tabarca, sin tener en cuenta que hay otras, como la de Benidorm, con más probabilidades de la referencia; y acabó con el absurdo de suponer que Ilice fuese Alicante, absurdo que llegó hasta el extremo de hacer colocar en el escudo local de Alicante las cuatro letras C. I. I. A. que adornan las monedas romanas de la colonia ilicitana.

Más reciente, pero no menos innegable, es la identificación de la *Akra Leuka*, de Hamílcar con la Alicante actual. Lo afirmaba el historiador alemán Meltzer en su "Historia de Cartago"; lo confirmaban el historiador español D. Aurelio Fernández Guerra en una carta particular fechada en 1885, que copió D. Pedro Ibarra en su obra "Elche", y los historiadores regionales D. Roque Chabás y D. Francisco Figueras a base de los relatos de los historiadores y geógrafos griegos y latinos; y parece estarlo todavía testimonando el castillo de Alicante, monte Benacantil, que a modo de celoso vigilante de la ciudad o de bondadoso guía de los marinos, levanta su alta cumbre blanquecina a orillas del mar, sobre todas las demás eminencias, mereciendo sobradamente el nombre de *Akra Leuka*, Promontorio Blanco, que le debieron dar los griegos.

No he de repetir los textos y argumentos que afirman estas opiniones; pero sí he de añadir que, según el texto de Estrabón, basado en otro de Artemidoro, los masaliotas o focenses de Marsella fundaron en las costas alicantinas tres factorías o pueblecitos de los

na, cordial, llena de ternura y de bondad para todos. ¡Qué lejos y cuán distinto del personaje solemne que hubiera podido ser el diputado por Madrid —único que había logrado el acta sin oposición—, el director de un periódico que era en su tiempo lo que se llama "una fuerza política"!

Castrovido no se apartó nunca de aquella sencillez, de aquella naturalidad, de aquella modestia. Agradecía con extraordinaria cortesía las atenciones, pero rehuía los homenajes y rechazaba los halagos. Cierta vez el Ayuntamiento de Madrid trató de dar su nombre a la calle madrileñísima donde vivía. Don Roberto declinó, alarmado, el homenaje. "No puede ser —explicaba a los concejales que fueron a comunicárselo—. ¿Cómo van ustedes a poner: "Calle de Roberto Castrovido, antes San Marcos?"

Pero su nombre, que recataba a los homenajes, lo prestaba siempre a las luchas republicanas. Cuando comenzó el resurgir republicano de Alicante, allá por el año 9, los jóvenes que iniciábamos nuestra vida política en aquel movimiento, presentábamos en todas las elecciones a diputados, aunque sin probabilidades de triunfo, la candidatura de don Roberto, frente a la de Francos Rodríguez, que era el candidato liberal monárquico. Francos Rodríguez era, como periodista, amigo personal de don Roberto, y solía lamentarse de esta lucha: "¿Qué le he hecho yo a usted para que me dispute el acta de Alicante?" Don Roberto, cuando hablaba con algún republicano alicantino, le decía: "Ustedes me dirán qué me ha hecho a mí Francos Rodríguez, porque yo no se lo sé explicar". ¿Por qué presentábamos la candidatura de don Roberto, que no estaba unido por ningún vínculo especial a Alicante? Porque don Roberto realizaba el modelo de austeridad, de desinterés, de honradez, que había inculcado al republicanismo alicantino aquel ilustre varón que se llamó don Antonio Rico.

Castrovido murió hace unos años, aquí en el destierro. ¿Qué España es la de esos miserables profanadores de nuestra tierra, que no puede morir en ella su hijo mejor?

Junto a su tumba mexicana, cubierta siempre de flores por la devoción familiar, reunimos los valencianos nuestros recuerdos, no en estilo de oración funeraria, sino evocando anécdotas y rasgos que nos acercan la presencia de Castrovido. Don Roberto amaba las flores de nuestros huertos. Yo quisiera arrancar de ellos el mejor clavel y depositarlo sobre la tierra mexicana que lo cubre. Lejos de Valencia, le ofrezco las pobres flores de papel que pueden hacerse con estas cuartillas. He pensado al escribirlas que las flores que amaba don Roberto eran nuestras flores valencianas, estallantes de colores y de aromas, de vida, en fin; no las tristes flores de cementerio. Por eso no he querido poner tristeza en mis recuerdos, sino, para mejor ocultar mi emoción, hacer que algunos de estos recuerdos sonriesen como don Roberto en aquellas tardes de la playa valenciana, junto a sus hijos y frente al mar.

Y acuden a mi recuerdo las patéticas palabras de Gabriel Miró, otro escritor nuestro, cuando expresaba la angustia —que ahora suponemos sentida por Castrovido aquella tarde mediterránea— "de imaginarnos el mar sin nosotros, cuando no vivíamos y cuando no viviremos".

Y, cerrando los ojos, vemos lejano, azul y solitario, el mar que don Roberto no volverá a ver.